

La «Causa Malvinas», entre el derecho y el riesgo

26/04/2026



La posibilidad de un giro en la postura de los Estados Unidos respecto a la soberanía de las Islas Malvinas ha sacudido el tablero internacional, dejando entrever que, en el pragmatismo feroz de Donald Trump, las alianzas históricas pueden ser moneda de cambio ante cualquier desaire geopolítico. Que Washington evalúe retirar su respaldo diplomático a Londres como represalia por la falta de apoyo británico en el conflicto con Irán es, sin dudas, una oportunidad que Argentina no puede ignorar. Sin embargo, este escenario nos obliga a encender luces de advertencia: el reclamo de soberanía debe ser ineludible, pero bajo ningún concepto puede apartarse de la vía diplomática y racional.

Resulta inquietante observar cómo la beligerancia que caracteriza a la actual administración estadounidense podría

intentar arrastrarnos a una lógica de confrontación que no nos pertenece. En un mundo donde Trump utiliza la presión militar y las sanciones como herramientas de primera mano, la Argentina debe moverse con la cautela de quien sabe que la soberanía se construye con inteligencia, no con sangre. Los avances que el presidente Milei menciona haber logrado –basados en un alineamiento estrecho con la Casa Blanca– solo tendrán valor real si se traducen en mesas de negociación y acuerdos multilaterales, evitando convertir nuestro reclamo histórico en un peón de la guerra ajena.

No podemos permitir que la justa causa de Malvinas sea utilizada como un elemento de extorsión entre potencias o, peor aún, que nos embarque en un conflicto armado que solo traería -de nuevo- dolor y retroceso. La memoria de 1982 es un recordatorio permanente de que las aventuras bélicas, lejos de acercarnos a las islas, nos alejaron por décadas del objetivo nacional. El «cerebro frío», como bien se ha citado recientemente, debe ser la brújula que guíe nuestra política exterior: aprovechar las grietas que se abren entre Washington y Londres para sumar apoyos, pero manteniendo siempre la paz como condición sine qua non.

En San Rafael, como en todo el país, el sentimiento por Malvinas es profundo y genuino. Pero precisamente por ese respeto a nuestra historia y a nuestros caídos, debemos exigir que el camino sea el de la diplomacia persistente, el del derecho internacional y el de la paz. Que el oportunismo de Trump sea una herramienta diplomática, pero nunca una invitación al abismo de las armas. La soberanía no se negocia, pero tampoco se rifa en el tablero de una guerra global.